Mi tardanza en contestarte no debió ser motivo suficiente para que pararas tus misivas y me dejases ayuno de lo que a ustedes concierne. Tendré que escribirle a Marta para que sea ella con su linda letra quien me imponga de lo que más me interesa de nuestra patria, de las cosas de ustedes? Proponle eso a ver qué resuelve; te aliviará la pereza.

¿La mamá está buena? Te ruego que le des a leer ésta, y le repitas una vez más, y no me cansaré de repetírselo, que la quiero como a una segunda madre, que nunca olvidaré las bondades que me dispensó, y los consuelos con que aplacó mis tristezas y envalentonó mis apocamientos mientras viví con ustedes. Puedes darle la noticia de que mi salud es excelente, que marcho con muy buen pie y los buenos negocios me cercan. A propósito, y perdona que no termine sin causarte molestias: pasa a visitar al contratista de los caballos. Quiero que me digas cómo llegarou las bestias y si los coches han gustado en esa. Recuérdale al contratista, que debe girarme el saldo por el correo más próximo, pues aquí me cobran con impaciencia, y como la cantidad adeudada es regular no la puedo suplir en su totalidad.

Ponme a los pies de Marta y dile que aguardo contestación a mis observaciones, y que si no le es indiferente, espere mi regreso a Costa Rica para despejar la incógnita; digo, si tiene curiosidad y desea

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

despejarla. Dale en mi nombre un abrazo a tu bondadosa mamá, y recibe un apretón de manos de tu inolvidable amigo.

Carlos

Como concluyó de leer, Luis le dió la carta a su madre, que se caló las gafas y se acercó más a su hija. El se retiró a su gabinete. Las dos damas solas se pusieron a leer otra vez, muy despacio, la misiva del amigo ausente, comentando los párrafos a sabor. Después, la señora, quitándose los anteojos, dijo:

—¡Tan buen muchacho este Carlos! ¡Me alegra tanto saber que sus negocios le salen bien! Tan agradecido...

—Pues es claro, mamá, lo tratamos divinamente cuando vivió en casa.

—Sí, hija; razón de más, porque la gratitud va siendo rara... Va pareciendo ya, en los tiempos que corren y según los ejemplos que vemos, una bobería impropia de hombres sesudos que han de coronar, quieras que no, cualquier carrera. Y la lealtad para aquellos a quienes tendemos la mano de la amistad y nos corresponden de igual manera, y para aquellos de quienes sólo bondades recibimos, debilidad de carácter o apocamiento.

—Es verdad, de ingratos está lleno el mundo; confirmó Marta suspirando.

—Hija, muchos dicen, y si no lo dicen lo pien-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

san, que ser fiel—y es la fidelidad cadena de acero con que nos liga la gratitud—o mantener la sinceridad en nuestras opiniones y en nuestros actos, es no ser cauto, sino torpe para marchar por este globo nuestro, tan erizado, que muchos dejan en él no sólo el traje de tela que cubre sus carnes sino hasta el de pudor que resguarda la honra, que es lo peor, hija mía. Pero Carlos es agradecido y leal.

—Con lo que revela estirpe noble, agregó Marta, porque la gratitud y la lealtad son prendas propias de gente bien nacida.

—Sabes, siguió la señora, que esta carta parece una declaración amorosa.

—¿Para mí? Preguntó Marta enfáticamente, satisfecha su vanidad femenina.

—Ya lo creo.

—No ¡qué va a ser para mí! Carlos sabe que nunca lo he querido; y ahora, como lo acabamos de leer, bien enterado está de que mi predilección se aloja muy distante de él.

—Entonces... no acierto con ese fulano que se casaría contigo en cualquier momento... ¡Vaya, claro que es él mismo! Y si no, lee, fíjate en este párrafo. Es él, él mismo, no me cabe la menor duda. Y bien que así lo has comprendido tú desde el primer momento...

—Pues, mamá, ni que lo piense. Lo estimo y lo aprecio por esforzado; pero quererlo, ni lo negro de la uña.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—No digas nunca de esta agua no beberé. ¿Qué sabes tú? Lo que es a mí me gusta para ti y lo prefiero a tu indiferentón y petulante...

—Mamacita, no hables mal de Alfredo, te lo ruego...

A estas Luis salió de su cuarto en mangas de camisa y llegó al comedor a reunirse con su hermana y con su madre, quienes, al verlo, pusieron punto al diálogo, le devolvieron la carta y se levantaron de la mesa.

V

Las reconvenciones de Marta hirieron en lo vivo a Luis, y le despertaron la curiosidad; y aunque para ponerles término antes de que pudieran agriarse, se había ordenado silencio por quien siempre era acatada sin réplica, deseó el muchacho revivir la cuestión, engreído al sentirse ardientemente amado por una linda joven a la cual, con ufanía donjuanesca aparentaba no querer; deseó también enterarse de los pormenores de la visita, por satisfacer su vanidad y aclarar su conducta ante su inflexible juez femenino, pues la vehemencia de los cargos lo obligó a considerar su acción desnuda de los subterfugios que regularmente inventaba para explicar el

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

inusitado despego. Sin embargo no logró su objeto porque ellas lo dejaron solo en el comedor, y él no se atrevió a ir detrás, suponiendo que ventilaban algún asunto particularísimo y no querían testigos. Sentóse en un escaño frente al jardín cubierto de pacayas y begonias; un jardín pequeño, que patentizaba en sus cultivadores, amor a la Naturaleza. Por arriba un lampo de cielo muy azul lo embellecía. Luis encendió un cigarrillo de papel de maíz y se puso a fumar. Conforme exhalaba espirales de humo, que subían como una gasa tenuemente plomiza, descogiéndose en el aire, recordó los buenos ratos que le proporcionó Felicia, con tal deleite, que lo invitaban a renovarlos; y si Marta hubiese estado cerca de él y le repite las argumentaciones lacrimosas, es posible que le arrancara propósito de enmienda; y su generoso triunfo hubiera hecho nacer el astro brillante de la felicidad en el lacerado corazón de Felicia. Empero, los acontecimientos no arrumbaron por tan hermosa senda de reparaciones y venturas. En la memoria de Luis vibró el eco de la conversación de su camarada licencioso, y renació el amargor de la pesadilla original; y mayor barrera que eso para volver sobre sus pasos, fué su engreimiento, la vanidad de que Felicia, flechada del primer amor, no lo olvidaría fácilmente, el deseo de gozar como el gato con el ratoncillo medio muerto, antes de comérselo, seguro de que no se le

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

escapará, tan herido lo tiene. Aquí llegaba su pensamiento cuando le asaltó la idea del egoísmo, y reflexionó:

—Lo que estoy discurriendo es egoísmo del malo. ¡Alimentar mis placeres con el dolor ajeno! No hay flor que no se marchite y se deshoje. El amor es la rosa de la vida: perfuma, alegra con sus vívidos colores, hace soñar, ofrece su néctar con gracia gentil, y cuando el viento mece su corola, esparce en derredor su rocío benéfico, que baña otras plantas y refresca el suelo. Y aunque el prosaísmo de los tiempos sonría burlón y escéptico, suelen las niñas agonizar de amor, como cierra su cáliz la trepadora pudreoreja cuando el sol se esconde. La soledad, el desconsuelo, la muerte de la esperanza, las marchita, y caen los pétalos de sus ilusiones, y pierden el aroma de juventud, y la dicha de vivir. ¿Por qué no he de ser blando al sufrimiento de una niña presa al primer vuelo en las redes del corazón, y cuyos primeros nacarados pudores sorprendí?

El viento meneaba las palmas bulliciosas del jardín y las hojas de las plantas parecían murmurar suavemente de las injusticias de esta tierra, para que las ondas del aire las trasmitieran en sus alas veloces al Eterno.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

DESDEÑADOS

I

DESPUÉS de la estación seca, de la estación de los vientos que levantan torbellinos de polvo, y en que los higuerones y chilamates pierden su vestido, se entroniza la estación de las aguas con relámpagos, truenos y diluvios. La tierra, requete-bañada se esponja, y al poco tiempo el zacate reverdece en los potreros y en los caminos; los cafetos se adornan de níveas florecitas como jazmines; las nubes cubren el cielo; y el verde en las montañas refleja todos sus matices. Las tardes no lluviosas escasean, pero cuando las hay, aprovéchanse para orear el cuerpo y desentumecerse: las gentes se recrean en calles o parques y ponen ojos en los bellos y peregrinos celajes de este trópico,

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

que subliman el espíritu y esperan no palabras sino la acuarela genial. Algunas tardes soleadas son traicioneras: se sale sin paraguas, confiado en el Sol, y de pronto se encapotan, cae el aguacero y empapa a los desprevenidos. Una de estas tardes, provisto de su paraguas de seda con puño de plata, Luis se fué solo, camino de La Sabana, a buscar goces inefables en la vasta planicie alfombrada de yerba, puesto ante la majestad de las rugosas montañas y bajo el divino dosel del firmamento. Caminaba sin prisa, satisfecho de la placidez del paisaje. En el portón del Asilo Chapuí se detuvo unos minutos a ver los efectos de la luz tamizándose en las frondas del parque, y siguió luégo su camino. Un grupo atravesaba a pie la calle, en dirección a la otra acera. El grupo se componía de tres personas: Felicia, la prima y Alfredo, que también paseaban. Luis los vió, y tras ellos se le fué la cabeza.

—Podría acercarme; mas si ya la avecilla salió de la jaula en que voluntariamente se preservaba, que vuele sin peligro de halcones domesticados. No me hace falta compañía, me basto. Y luego... que Alfredo... Pero éste no está en su lugar. ¿Quién le ha permitido acompañar a Felicia? ¿Por qué no está con Marta, que es su novia y que debe de esperarlo? ¡Buena la hace paseando con otras! ¡Ah, si no entretuviese a Marta... ella podría casarse con Carlos que la quiere, y cómo! Pero ya Alfredo le sorbió el

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

seso a mi pobre hermana... Por lo que veo, ese grupito pasea contento. ¡Cómo ríen, qué alegres van! Detendré el paso, y a la zaga observaré mejor... Pero a mí qué me importa. Va a creer Felicia que voy aquí por ella, y eso no me conviene. ¡Hola, lluvia tenemos! Abriré el paraguas. Dicen que cuando hace sol y llueve se casa la hija del Diablo; pero hoy le cogió tarde. Um... A quien le va a coger tarde es a mí... Apura el agua, se oscurece el día... Arrecia, se van a empapar. Debo ser cortés: les ofreceré mi paraguas. Corro a la otra acera... Muy buenas tardes, señoritas. Sírvase, Felicia, tener la bondad de aceptar este paraguas; a su primita la tapará Alfredo. Le ruego aceptarlo, que me apena muchísimo que ustedes vayan a mojarse. Esto no pasará pronto.

Felicia, levemente pálida, pensando por cuán poca cosa se apenaba Luis, y mayores lo dejaban frío, contestó:

—Gracias, gracias, acepté ya el de Alfredo. A nosotros nos apenaría más que usted se mojara... Y no perdamos aquí el tiempo porque entonces sí nos caerá todo el chaparrón. Hizo un mohín de despecho y dió media vuelta.

De vergüenza, Luis vió girar en torno suyo la calle, los árboles y los edificios; lanzó una mirada cortante de odio a su rival, saludó solamente con el sombrero y adelinó a su casa.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Alfredo soportó la mirada amenazadora, y una sonrisa que el desprecio de la joven al otro provocó en sus labios, quiso por discreción ocultarla volviéndose de lado; y atribuyó el desaire a que su persona despertaba interés; y en su ardiente anhelo y fatuidad creyó llegado el instante de declarar fervorosamente su amor y de recibir el galardón.

Luis no dejó de comprender lo merecido del desprecio; sin embargo la cólera lo ahogaba. Repasó en la mente lo que tocante a Alfredo sabía, por cerciorarse de que el maltratado ratoncillo se le escapaba y de que él era un gato lerdo y remolón, mientras otros felinos velaban. Sabía que su rival, de regreso de la hacienda, en donde moró un par de meses o más, enterado de que Felicia no tenía galán, tanteó serlo, con mal éxito en un principio; pero que desplegando astucia y tenacidad, últimamente, por las tardes, y a veces hasta de noche, en el mismo lugar donde para él se deslizaron en otro tiempo horas dulces, Alfredo disfrutaba de favorable acogida. Esos fueron los chismes que meses atrás, afanosas le soplaron al oído amigas de Felicia, y que nunca creyó; pero ahora ya no dudaba de ellos y menos del carácter voluble y antojadizo de la mujer. La prueba le pareció que no podía ser más evidente.

Alfredo habitaba en la vecindad de Felicia y nunca fué insensible a los encantos de esa mujer.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

En cambio a ella le repugnaba el vecino, al punto de que cuando por la primera vez intentó apoderarse del corazón de la niña, fué burlado cruelmente. Más adelante supo Alfredo que el dichoso era Luis y no pensó ya en Felicia, abandonó el campo por considerar baldíos sus esfuerzos. Cortejó entonces, con mejor éxito, a Marta, joven hermosa, trigueña, instruída y callada. La trató un verano, yendo los dos en el tren. Pronto visitó como amigo la casa; y cuando estuvo en la finca escribió a Marta. Pero apenas supo que Luis había huído de Felicia, renació su antigua pretensión y estudió la manera de hacérsele simpático. Una noche, que con la prima y otras jóvenes, Felicia se paseaba frente a su casa, se acercó él, y empezó a decirle que no creía que Luis la hubiese olvidado, sino que algo anormal y pasajero, a no dudarlo, lo alejaba temporalmente... Y por ese tenor ascendió a confidente de Felicia y sólo para que le halagase el oído con las noticias fidedignas que de Luis podía darle, pues estaba Felicia en la creencia de que Alfredo visitaba aún a Marta. En tanto Alfredo conformábase pensando que la costumbre de verlo lo haría simpático al fin, y que la porfía mata la caza. Unas amigas pizpiretas aconsejaron a Felicia que le diese cuerda a Alfredo, quien por su gallarda figura, buena posición social y dinero, digno de rivalizar con el otro, era, aunque en realidad Luis fuese más

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

simpático y listo: táctica que molestaría doblemente a Luis, y a la larga lo obligaría a tornar como un caballero del «Amadís de Gaula» a los pies de su dueña gentil, a besar su blanca mano.

II

En vez de emperejilarse e irse a la calle, o cuando menos a la ventana, para distraerse y gozar de la tarde espléndida, Marta concluyó sus quehaceres domésticos y se fué al jardín. Limpió delicadamente las hojas, como sólo pueden hacerlo finas manos de mujer; arregló los tiestos de una preciosa colección de begonias colocadas en una gradería a modo de altar; destripó sin compasión los gusanillos, y aspiró con delicia el perfume de una centifolia cuyo tallo necesitó encorvar para oler la flor. Compuso un ramito de violetas y lo llevó a la mesa del comedor para colocarlo en un vaso de cristal montado en plata. Sentóse frente al florero, y palpando la tersura de los pétalos de las violetas, como quien acaricia un tierno infante, ocupó su corazón en pensamientos:

—Todos los hombres son iguales: incapaces de penetrar y comprender el alma femenina, y por eso, ingratos, ya que sería mucha maldad que a sabien-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

das cometieran felonías... Granjean nuestros corazones con su vista y palabras, persuaden a cuanto quieren con audacias, regalos y razones; pero mienten sus regalos y razones, que ojos que se van y nos dejan nunca reflejaron la verdad. O no conocen el amor o no creen en él, o nos toman por cortas de juicio e insignificantes... El otro día se lamentaba Felicia hecha un mar de lágrimas, hoy me toca el turno. ¡Desgraciada predestinación!... Pero Felicia, con tanto repartir su pena, quizás esté curada cuando admite, según murmuran, a Alfredo. Se habrá dicho: a rey muerto, rey puesto. ¡Y no piensa en mí! Por ella hice cuanto pude... ¿Me arrebata el mío en pago de haber palpitado mi pecho al unísono con el de ella?... Jamás querrá Felicia a Alfredo como yo lo amo. ¡Imposible!... ¡Que no comprendan los hombres estas cosas!...

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Marta; y como oyese pasos, púsose de pie, llevóse pronto el delantal a los ojos para enjugarlos y disimuló. Entró la madre y dijo:

—¿Estás ahí? Te buscaba... Todo en silencio, tan en silencio, me tenía ya con cuidado... Pero ¿qué tienes? ¿Lloras, hija mía?

—Estaba limpiando los siembros y cortando violetas para este ramo; se me ocurrió bajar la centifolia para olerla, y debe de haberme caído alguna basurilla...

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—A ver, a ver. Ven acá, a la luz.

Marta se levantó y fué a que le examinara su madre los ojos. En esto sonó la puerta de la calle, y entró Luis en seguida, diciendo al verlas en su faena de curación:

—¡Hola, Marta! ¿Qué te pasa?

—Nada, una basurilla que mamá me busca en los ojos; pero ya no me molestan...

—Tengo que contarte algo que te importa; dijo Luis.

—¿Qué será? Todo lo tuyo me importa.

—Más tarde, más tarde. No se trata de mí. Ahora no, que estoy como agua para chocolate. Lo que sí de una vez te advierto es que no te fíes de Alfredo.

—¿Por qué...? ¿Qué ha ocurrido? Preguntó Marta vivamente.

—No te fíes de ese tipo, es lo que te aconsejo...

—Le tienes tema.

—¿Tema? No, niña, no. Es que ese hombre...

—Ya vas a hablar mal de él. Quisiera que pasara un día sin que lo nombrases. Te ruego que no digas nada, porque tú lo mientas sólo para ridiculizarlo; y yo te aconsejo que no lo hagas porque parece que le tuvieras envidia.

—¡Bah! ¿Envidia? A otro envidiaría, si fuera envidioso, no a ese... Mira, Marta: tranquilamente y con tu buen juicio, compáralo con Carlos: no le

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

llega al tobillo. Carlos es una alhaja, recto, bondadoso...

—Sí, sí. Cuanto quieras. ¿Quién te ha dicho que tu hermana no estima a Carlos? Las comparaciones son odiosas. Y además, que no se puede amar a dos hombres.

—No te pido que ames más que a uno. Y ya sabes...

—Sí, ya sé... Contestó con impaciencia Marta.

—Bueno, hablando de otras niñas: ¿qué te parecerá si te digo que algunas conozco que así lo hacen, aman a dos?

—No lo creo, Luis. Engañarán a uno o a los dos; pero amar, amar con todo el corazón, en la primavera de la existencia, te aseguro que sólo a uno se puede. Así lo siento y así lo he oído decir a mujeres mayores que yo.

—Pregúntaselo a Felicia; dijo Luis con retintín.

—¡Ah! ¿Estuviste con ella? ¿Volviste?... Me das vislumbre de esperanza. ¡Qué alegría! ¿Con que no eres como los demás!

—¡Quiá! ¡Qué voy a volver!

Luis, cortando de improviso el diálogo, abrazó a su madre, conversó unos minutos con ella y se metió en su cuarto.

Marta lo siguió, y desde la puerta, mientras su hermano se quitaba el *saco*, le preguntó, sin dejar ver su curiosidad intensa:

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¿Con quién estaba Felicia, si no era contigo?

—Con otro, con cualquiera.

—No me quieres decir...

—No es que no quiera decir.

—¿Entonces qué es? ¿Por qué atribuyes a Felicia...?

—Hago la suposición.

—Malo; tienes celos e inventas. ¿Verdad que tienes celos?

—Puede ser...

—¡Sí! ¡Qué expresión de duda tan elocuente! exclamó Marta en un rapto de entusiasmo, porque rompió las nieblas de su espíritu conturbado un rayo vivísimo de esperanza. Y con la luz que en su mente se hizo columbró la dicha de dos corazones femeninos que se librarían de la tortura injusta de una pasión infortunada. No quiso deshacer el hechizo de su espíritu y dejó tranquilo a su hermano.

III

Al otro día, Marta salió a comprar unas telas y bordados; necesitaba concluír un bonito traje que estaba cosiendo cuidadosamente para estrenarlo en la fiesta religiosa del Jueves de Corpus. La habilidad de sus dedos de hada y su excelente discernimiento de lo bello, habíanle creado fama de modis-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ta entre sus amigas, que muy a menudo imitaban la composicion de sus vestidos. Marta no se ceñía estrictamente a los figurines de los periódicos de modas parisienses, sino que, de varios, concertaba colores y adornos discretos, produciendo así un estilo apropiado al país y al clima, y que, sin embargo, no difería mucho de la moda europea; y siempre con una gracia y una elegancia que suscitaban la emulación.

Una compañera de estudios, que siempre le fué muy adicta, y deseaba hacer un vestido, salió con ella. Las dos iban cubiertas con sedeños pañolones rosados; y muy animadas con la idea de que sus trajes serían primorosos, llegaron a la Avenida Central en el momento preciso en que Alfredo llegaba también; y, ya fuese que él no las viera, ya que tal fingiese, no les rindió el sombrero. Aquello le pareció extraño a Marta, pero supuso que Alfredo iba distraído, así como creyó advertir que por la misma causa su compañera tampoco lo vió a él. Siguieron las jóvenes andando, y a poco juntáronse con otras pertenecientes al círculo de sus relaciones; y en la acera, cual en una antesala, trabaron palique en alta voz; los transeuntes podían enterarse de lo que se decían; a veces hablaban casi en secreto para comunicarse alguna nueva de los pollos conocidos. Al fin despidiéronse, y Marta se encaminó a una *tienda* de lujo, pero alicaída, con deseos de dor-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

mirse profundamente para ignorarlo todo, para escaparse siquiera temporalmente del mundo traidor. No pensó más en bordados, pasamanerías y encajes. Entre los secretos que al oído le soplaron, uno fué a su pecho como una lanzada: para matar un cabrito no es necesario tanto como para tender en el monte una danta. Le dijeron sin preámbulos, que Alfredo estaba ya en grandes con Felicia, en cuya casa, al pie de una de las ventanas, todos los anocheceres, con seguridad se le encontraría en sabrosa charla con ella. Y atando Marta la descortesía al cuento, confirmó sus temores: era entonces verídico cuanto sospechaba; mas ello no le produjo cólera ni rencor contra nadie, sino desencanto y tristeza. Momentáneamente la conversación de la tarde anterior con Luis había disipado sus prejuicios y la hizo concebir esperanzas, porque, náufraga casi de sus pensamientos pesimistas, se asió a la expresión dubitativa de su hermano como a única tabla salvadora; pero todo estaba perdido si Alfredo era el novio de Felicia. No obstante, echó capa de indiferencia a su angustia y ayudó a su amiga en la elección de los géneros.

—Y tú, Marta, ¿nada compras? ¿No me dijiste que te faltaban algunas cosas? Le preguntó la compañera observándola con atención.

—He resuelto cambiar de figurín; contestó la interpelada. Pero la verdad era, que ya le parecía

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

inútil alistarse para la fiesta del Corpus, si no iba a lucir ante Alfredo sus galas. Ella, como las flores, ostentaba dulzuras, trajes primorosos y fragancia para atraer la linda mariposa o la abeja trabajadora. Y continuó: —Realmente no sé si será mejor el figurín que viene en el periódico de modas que me prestaste, y que discutimos...

—Pero si ya tienes cortado el vestido. ¿Qué vas a hacer? Pierdes el género; le repuso la amiga.

—Veremos. En último caso no lo hago; pagaré a hacerlo.

—Niña, qué ocurrencia; ni qué cambio de figurines. Tu determinación obedece a lo que te dijeron ahora...

—¡*Adió*, no! Eso no me interesa como crees. Bien sabes que Alfredo hace meses no tiene nada conmigo, desde que volvió de la finca. Es más, aunque sonrías incrédula me satisface que Felicia haya secado sus lágrimas. ¡Pobrecita, cuánto padecer!

—No fué mucho; y pronto la han consolado.

—No digas eso, que he sido testigo...

—Mira, Marta, te aseguro, ahora que pasó todo, que no creí nunca en el dolor de Felicia; me pareció siempre una manera de jactancia repugnante; y más que todo, deseo de inspirar compasión haciéndose la romántica.

—Me disgusta que murmures de Felicia. Yo la

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

quiero; y así como no toleraría que me hablasen contra ti, tampoco deseo oír mal de ella. Con que...

—Pero, niña ¿no te parece horrible andar como una mendiga solicitando compasión? Quería ser una Evangelina, una Julieta. Me dan ganas de reír a carcajadas. Me moría antes que imitarla. A los extraños no les importan nuestros sufrimientos. Prefiero irritar que inspirar lástima. Me daría cólera que me compadecieran, y más por un hombre. No lo digo por tu hermano, sabes bien que lo estimo: hablo en general; pero habiendo tantos hombres, y siendo cual son, tan malas fichas...

—No sabes lo que dices.

—¿Y ese tonto de Alfredo se figurará que puede encontrar mujer como tú? ¡Dejándote por Felicia!... Eso es el colmo... ¡Cómo se conoce que es un no nos dejes...!

—Descompones tus palabras. De veras que te has irritado contra Felicia y Alfredo. ¿No los quieres?

—¡No había de molestarme la conducta de esos títeres...!

—¿Pero de dónde sacas que ese hombre me deja? Fué y es amigo nuestro, entiendo yo.

—Vaya, ahora vas a negar. ¡A buena hora!

—Dejemos eso; dijo Marta. Te lo ruego. Me disgusta oírte así. Me pareces otra persona.

—Ya lo ves, ya lo ves. Si yo tengo razón, Mar-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ta. Por más que quieras ocultármelo, yo te sé leer en el rostro.

—Lo que deseo es que compres lo que vas a comprar y regresemos a nuestra casa. Quiero llegar temprano, por mamá. Y no injuries nunca a nadie ni murmures. Te quiero bastante, eres menor que yo y tengo derecho de reprenderte.

—Repréndeme, pero déjame también mostrarme a ti sin rebozo, como soy; decirte lo que siento y no fingir. Soy muy amiga de la verdad, aunque incomode.

Marta soportó la impertinencia, aunque temiendo a cada momento que el corazón traicionara su voluntad, en gracia a la fidelidad ya antigua de su compañera. Medio muerta física y moralmente de cansancio, sin haber comprado una hebra de hilo para sí, llegó a su hogar. Y como era la hora de comer y no tenía apetito, pretextó un dolor de cabeza y se retiró. Una vez sin testigos, lloró, y decidió devolverle a Alfredo, en la primera oportunidad, las cartas y otros objetos que de él había recibido, creyéndose amada.

A la noche, la madre vino a recogerse temprano y ofreció alimento a su hija, que lo aceptó explicando al mismo tiempo que se sentía acalenturada y muy nerviosa, debido a un fuerte resfriado. El instinto maternal, para su sayo, puso otro diagnóstico que calló prudentemente, segura la señora de

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

que Marta, como buena hija, le descubriría el mal verdadero que la aquejaba.

IV

Donde hubo fuego rescoldo queda, asegura el refrán popular.

Así, Luis, dentro del pecho tenía un brasero de amor, que sólo necesitaba para inflamarse un soplo que arrebatara recelos estúpidos, vanidades necias y preocupaciones quiméricas.

Luis experimentó lo desagradable de ser despreciado, sobre todo cuando se tiene, fundada o no, gran opinión de sí mismo, pero gozó con la idea de que en verdad no había sido rechazado, que su confusión y vergüenza ante Alfredo podía perdonarlas, pues supo que fué comedia la acción de Felicia. Cuando volvió a su casa, la noche que tan agradable noticia tuvo, entró tarareando una canción de zarzuela y diciendo bromas, sin percatar que el ánimo de su familia no tenía igual disposición. Marta no estaba para bromas, pero no recibió mal las de Luis; la orgullosa escondía mañosamente dentro de su pecho la herida, y por eso pudo ser franco el regocijo del joven; si no, la tristeza de su hermana hubiera encontrado simpatía en él, cuyo sincero ca-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

riño fraternal y hondo, desde pequeños, en ambos hijos, lo fomentó tesoneramente su delicada madre.

Después de cenar, Luis se dispuso a la lectura. Entró en su gabinete, cogió al acaso un libro de su biblioteca, y ya lo tenía en las manos, cuando le vino el deseo de leer la *Graciela* en cuyas páginas muchos trozos tenía marcados por bellos. Abrió entonces su armario y sacó junto con la novela, las prendas que, como oro en paño, conservaba, de Felicia: un pañuelito perfumado aún y con las arrugas del uso, un clavel y un ramo secos, un alfiler de corbata minúsculo, de zafiro... Al hojear el poema en prosa, sentimental y filosófico de Lamartine, encontró el billetito de Felicia, firmado con la inicial mayúscula F. Dejó desparramados en la mesa de su escritorio los recuerdos de amor, y tendiéndose en el sofá reflexionó:

—Es triste pasar por el mundo sin hacer nada grande y digno. Amar es un placer divino; inspirar verdadero amor es dón celestial. No hay sér por todos amado; ni Jesús, el dulce y sacrificado Jesús. Y sería una gran dicha para todos, que cada cual amara profundamente a los demás; que cada cual sufriera con el mal ajeno tanto, que por librarse a sí mismo de la pena corriera al socorro de sus semejantes; si llegara esa edad, no de oro sino de fineza de sentimientos, como por milagro florecería otra vez sobre el haz de nuestro planeta el Paraíso

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Terrenal y viviríamos encantados. Quien no haya sido capaz de inspirar un afecto, siquiera uno, es un ente inferior, es una roca, es menos que una roca... Felicia ennoblece hasta mis defectos... ¡Esa gran virtud tiene el amor fino, purifica y crea héroes! Lo cierto es que en salud, belleza, prosapia, donosura y educación Felicia no tiene rival... ¡Qué placer verla andando: su cuerpo gentil parece apenas descansar en las botitas: ligera como una pluma, garbosa como una palmera, ágil como una venadita! ¡Qué placer escucharla! Tiene su voz timbre angélico; sus visajes son risueños y expresivos... ¡No encontraré otra mujer tan adorable! El mayor disparate es dejar al tiempo y las penas marchitar su faz dulce y su alma tierna. Conmigo le amaneció el claro día del amor; yo la he sumido en tristeza, procediendo innoble, injusta y torpemente. ¡Cuán dichosa y encantadora debe de ser la reconciliación! ¡Qué horas más felices después de tantas horas perdidas, que ya jamás se aprovecharán...! ¡Qué música la de sus labios...!

Y ante el tropel de pensamientos que casi desvanecían de placer su cuerpo, ante los recuerdos que sacudían su cabeza, precipitándose como locos resueltos a entrar en un castillo mágico de goces, erguíase la figura doliente de Felicia, ayer alegre y seductora; sí, doliente aunque ahora quisiera ocultarlo, por causa de él. Y todos esos recuerdos, como

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

antorchas luminosas, desfilaban desentenebreciendo el féretro en que yacía, cual otra Julieta aletargada, el amor juvenil de Luis por Felicia. Antorchas que con su luz esplendente daban vida, y con la oscilación de su llama parecían escribir en las tinieblas, iluminándolas, promesas de felicidad. ¡Es tan bonito recordar placeres que pueden volver...! Sí, lo que cabía era desentumecerse, correr a ella, darle satisfacciones cumplidas y atizar la hoguera! A menudo, para picarle el negro puntillo, para suscitar, si fuere posible, celos en el alma de Luis, le dijeron amigas, que Alfredo había triunfado de la aversión que le tenía Felicia; que ya se correspondían y que fácilmente se prescindió de su persona. Pero Luis lo dudaba, y mucho. Es verdad que Alfredo repetía a cada momento que Felicia era su vida; que en deliquio amoroso pasaba tardes con ella, pero eso lo repetía solamente Alfredo.

Al fin se levantaba la muchacha en su pecho con dominio irresistible. Lo que Luis no se explicaba era por qué había dormido tanto su pasión por Felicia y necesitó del pique a su amor propio para despertar.

En tanto, a Marta, entre pecho y espalda su pena, la tenía como una palomilla atravesada por un alfiler hincado en un cartón. La pobre callaba su tormento, tal vez contábalo a las flores del jardincito porque a menudo veíasela contemplándolas; o a las estrellas porque en las noches los ojos les fijaba.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

V

Viendo la inclinación de su amigo Carlos a Marta, Luis, con la mejor intención del mundo, y como el primero en apreciar las cualidades de la joven, persuadió a su bondadosa madre de que no había perjuicio en dejarla recibir a menudo y contestar a veces las cartas del encogido amador ausente. Alimentaba Luis la esperanza halagadora de que, con el tiempo, el amigo se convirtiese en cuñado; lo que le pareció hacedero, pues al uno hostigábale el amor y exhibía virtudes amables, y a la otra no le era antipático el pretendiente y en todas las ocasiones se comunicó franca y suave con él. Por supuesto, lejos de Luis la idea de imponer novio a su hermana: sus esfuerzos tendían a que se engendrara naturalmente el amor, tal como la lluvia constante fecundiza hasta las regiones estériles.

Las cartas se cruzaron expresivas y corteses, pero no hubo más; regresó Carlos al país sin haber subido un peldaño en la escala que lleva al matrimonio, resultando menos afortunado que la madreselva, que ascendía por los alambres clavados al marco de la ventana, desde cuya altura colgaba la jaula del canario bullicioso.

No se imaginó Luis, que Marta estuviera ena-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

moradísima, ni menos que fuese criatura apasionada; y cuando se enteró de todo y conoció que ella sufría con la ausencia de Alfredo, vió el obstáculo a la realización de su plan, ya que probablemente Marta imitaría la actitud de Felicia; no obstante persistió en su proyecto, pues no le caló que su hermana se agostase por un hombre que trató rara vez. Atribuyó el origen del estado de alma de la niña, a que la figura exterior de Alfredo le había hecho muy grata impresión; y luégo, sobre esa impresión, Marta, recogida en su casa, cosida a la pretina de su madre, y soñadora, creó un sér fantástico, se deleitó con él y lo elevó a la categoría de esposo, y al verlo desvanecerse, experimentó el dolor de la desilusión.

Por eso Luis, aquel medio día, se dirigió a la habitación de su madre a prodigar consuelos a Marta, disuadirla a olvidar y prepararla a nuevas ideas y reales sucesos.

La señora, arrellanada en un viejo sillón, puestos los anteojos, tejía una media dentro de la cual, para facilitar la labor, metió una semilla de zapote; la vista comenzaba a faltarle y situóse cabe la ventana a fin de ver mejor: el día amenazaba con lluvia y estaba obscuro. Frente a la matrona veíase abierta la máquina de coser por una de cuyas gavetas colgaban pedacillos de encaje, hebras de hilo y retazos de género. Perfectamente tendidas veíanse

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

también dos camas a uno y otro lado de la puerta. Un ropero de espejo y dos sillas mecedoras completaban el menaje de la alcoba. El piso, fregado y lustroso a punta de frotarlo, reflejaba los muebles.

Luis se detuvo en el vano de la puerta y abarcó de una mirada el conjunto. La señora tejía; Marta, suelto el cabello, triste el semblante, en silencio, registraba un cofrecito de cedro labrado, del cual fue extrayendo lentamente algunos objetos: un libro de oraciones, un broche de oro, un estuche y algunas cartas. Cerró el pequeño baúl y esparció los objetos sobre la colcha blanquísima de su cama; los examinó uno a uno, releyó dos cartas y se puso a formar un paquete. Su madre la seguía con los ojos, sintiendo evidentemente lo que pasaba en el alma de su hija. Esta, inclinada la cabeza, cayéndole el pelo por ambos lados como una cascada, ocultaba su faz. Luis, sin ser visto por ellas, permanecía aún de pie, fijo, observando. De pronto, en un exceso imaginativo, le pareció lo actual la repetición de un suceso ya por él vivido en lejanísima época, sin poder precisar dónde ni cuándo, época envuelta en el misterio. Salió del cuarto poseído de lástima por su hermana; se paseó por el comedor, apesarado y molesto; pero volvió en seguida a la alcoba y abrazó a la joven, que sin proferir una exclamación se acurrucó en el pecho de Luis, y resolvió la tem-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

pestad del suyo en un copioso llanto. Así estuvieron un ratito. La madre, sin moverse de su asiento, mirábalos por encima de los espejuelos, muy complacida. En el aposento no se escuchaba más ruido que algún débil sollozo de la niña. El hermano, desasiéndose de la joven, suavemente la sentó en la cama, quedándose él de pie. Hasta entonces no rompió Marta el silencio.

—¡Ah, qué corazón el tuyo, cómo me conforta!

La madre se levantó, abrazó a sus dos hijos, posó sus labios maternales sobre la cabeza de Luis, y dulcemente conmovida los dejó solos.

La voz anudábasele a Luis en la garganta, pero al fin exclamó:

—¡Y para qué había de servir tu hermano! ¡Gracias a Dios que te comprendo y puedo valerte!

—Comprenderme... sí; confortarme, también; pero valerme... En esta ocasión, no, Luis, no.

—Querida Marta, valerte también; en ésta y en todas las ocasiones, mientras viva. ¿Crees que no me he hecho cargo de tu sufrimiento, que no he penetrado su causa, que no lo he analizado antes de venir...?

—Lo creo; pero hay daños que no está en tu mano remediar. Un corazón desdeñado, un corazón herido no lo cura...

—Sí, lo sana otro corazón tierno, lo restaña el afecto sincero de los tuyos.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¡Ah, éstas son heridas que no sanan...!

—¡Bah, no digas más! Tú no eres Felicia, eres más fuerte. El influjo de tu amiga te lleva a semejantes extremos sin que a derechas existan las mismas causas.

—Así crees tú, Luis. Nadie siente lo que por sí no pasa... ¡Y es el mismo nuestro caso!...

—No, Marta, siento contigo; pero no es el mismo. Y si no, compara hechos y personas. Te convencerás de que tengo razón. Vino a casa, Alfredo, raras veces, y muy estirado, cual si fuese un príncipe; le fué antipático a nuestra madre; él lo comprendió y no hizo por borrar la impresión, al contrario. En cambio he sido estimado en casa de Felicia: recuerda las atenciones de que me hizo objeto esa gente durante mi enfermedad. Escucha: todas las niñas sanas experimentan el sentimiento del amor y la afición al matrimonio, cosa muy natural; pero no todas se enamoran verdaderamente de un hombre cautivadas por las prendas que lo adornan y por un trato constante. Es muy común que las niñas, consciente o inconscientemente formen su tipo ideal de esposo; y cuando un joven les ofrece su amor, y les gusta, se dan a fantasear, y como vistieron su muñeca con los retazos más bonitos de su colección de telas, así su imaginación viste y adorna con entusiasmo al novio. Marta, has imaginado a Alfredo a tu sabor, has fantaseado a tu gusto; pero

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

el verdadero Alfredo no lo conoces, te lo aseguro. Tú vales mucho por tu alma, eres bella, no te merecía, no te merece.

—¡Luis, no hables así! O me tomas por una chiquilla o por una romántica atarantada, por no decir de otro modo. Tú no has querido nunca a Alfredo y por eso desfogas tu odio.

—No le he tenido jamás animadversión, ni le he deseado mal. Simplemente me pareció que a él no debíamos fiar tu felicidad, porque aun cuando tiene dinero y es galán, es un hombre vulgar; sí, vulgar, no me arrepiento del calificativo: como él hay por docenas...

—Para ti; no para mí.

—Pues, te repito que hombres como él hay muchos, para la que quiera desbarrancarse. Vamos a ver ¿qué lo distingue?... Sólo tu amor, que vale más que él mismo, que vale más que su figura y que su oro.

—Eres bueno, procuras enjugar mi llanto; pero vuelves con el estribillo de siempre, porque no le has querido bien.

—Nunca, jamás le he deseado males, ni se los deseo. Solamente no lo quería como cuñado, por la convicción íntima que tengo de que él es lo que te he dicho. Figúrate que mañana te ponen aquí, enfrente, dos Alfredos iguales al antiguo cortejador tuyo, él entre ellos, como dos gemelos en el aspecto

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

exterior. ¿Podrías reconocer o distinguir al que viste por la primera vez en el tren?

—No te entiendo, Luis. Es claro que si son iguales no podría distinguirlos...

—Estoy segurísimo de ello. Hay muchos hombres cuya cara, cuyo cuerpo son semejantes al de un grande hombre, y sin embargo no son grandes hombres, ni mucho menos. Pero el grande hombre, con ser igual en su aspecto exterior a hombres vulgares, no se confunde con ellos, porque la luz de su genio, o la grandeza de su alma lo singulariza y distingue de la manada. Si tu Alfredo tuviese algo noble, algo generoso, aun estando a grandísima distancia del genio, habría de distinguirse, y entonces sí lo reconocerías: apenas hablara, por sus ideas; apenas actuase, por la elevación de su proceder.

Marta movió la cabeza cual si hubiera comprendido, mas no la convencieron las sutiles razones de su hermano, empeñado en consolarla, y suspiró hondo. Luis continuó:

—Lo que tú amas es la creación que hiciste. Te concedo que él es apuesto, que fué insinuante contigo, es natural que te hiciera una buena impresión; pero más tarde, cuanto te enamoró lo pusiste tú, lo puso tu anhelo femenino. Te aseguro que te has enamorado de un tipo creado por ti; y si Alfredo... hubiera llegado a ser tu marido, te habría desengañado y muy cruelmente.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—¡Quién sabe! exclamó ella colocando al mismo tiempo el paquete sobre la máquina de coser. Miró fijamente a su hermano, recogióse el cabello atrás, se lo ató con un lazo de cinta celeste, y dijo con amargura:—¡Cruel es la acción que ha cometido...! ¡Hoy mismo le devolveré lo que me dió...! Ya está todo en ese paquetito que puse sobre la máquina.

Luis, al oir la queja de su hermana, indignóse, y en un rapto de cólera, dijo:

—Pierde cuidado, Marta; te vengaré.

El semblante de la joven se animó, y con los ojos chispeantes y en tono de reprensión, díjole:

—¡Venganza! ¿Cómo te atreves a hablar de ese modo y a relampaguear los ojos como si fueses una fiera? En esto no caben represalias. ¿Por qué?... Después de proferir estas expresiones suavizó la entonación de su voz, y siguió:—¿Por qué había de caber aquí una venganza? Entonces cada hombre, para no provocarla, deberá casarse con la primera mujer a quien murmure de amores, si le corresponde, aun cuando se desencante apenas intime, aun cuando llegue a cerciorarse de que no le conviene, aun cuando llegue a odiarla... Eso no puede ser racional ni conveniente... Al matrimonio se va equilibrado el cariño; tú lo has dicho con otras palabras en ocasión semejante, para que no haya una víctima cierta e insalvable. De no ir así, preferible es que a tiempo se disuelvan las re-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

laciones y compromisos, porque el purgatorio sería el hogar.

—¡Es que me indigna la acción de Alfredo contigo! ¡Me subleva ver que ha lastimado a una débil mujer; es que me duele en el alma el sufrimiento tuyo...!

—¡Por Dios, Luis, no pienses en vengarme! La venganza es recurso de la cobardía, y nosotros somos fuertes! Y... ¿Cómo vas a castigar a Alfredo por una acción que tú también cometiste? Despedazaste el corazón de Felicia ¿y acaso descargó el padre de ella su enojo sobre ti? También sufrí con eso... Bien lo sabes... y nadie, nadie te castigó. A veces, y perdona esta confesión, me pareció que te complacías en ser amado tan pura y ardientemente y en desdeñar... por fatuidad incalificable.

Luis quedó desarmado y confuso; la vergüenza lo fustigó, y poseído de la enseñanza de su interlocutora, sinceramente dijo:

—Repararé el daño.

—Además, Luis, quiero a Alfredo; añadió Marta sin hacer caso del grito de arrepentimiento de su hermano:—Le deseo la felicidad. Pensaba yo hacerlo dichoso, ser su fiel compañera... Lo que me aflige es la idea de que Felicia no podrá hacerlo feliz porque ella te ama sólo a ti.

Las razones de Marta vencieron el corazón blando de Luis; pero no queriendo éste dar su brazo a

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

torcer, simulando una energía de que en aquellos momentos era incapaz, exclamó:

—¡Digan lo que quieran tus buenos sentimientos, te vengaré, sí, te vengaré!

—Eso nunca; no lo harás porque me quieres y no nos darás disgustos gratuitos.

—Pues... Y arrepentido de lo que le pareció dureza, de sus amenazas, agregó suavemente:—Tú, Martilla, me conoces bien; sabes que no acostumbro a cometer locuras. Ten fe en mí, que sabré hábilmente darle una lección a ese caballerete sin comprometer a nadie.

Y salió de la habitación de las señoras para entrar en la suya. Sentóse en su cama y se puso a monologar:

—¡Cuánto nos amamos! ¿La prueba? Lo que sufro por mi hermana y el vivo deseo de sacudir este yugo del dolor. El dolor sí que hace pensar a los hombres en sus semejantes. Debiera educárseles para el dolor, por el dolor ajeno, con el fin de alcanzar la expresión más alta de la caridad, de los sentimientos humanitarios, de la conmiseración, que tantas aflicciones nos ahorrarían.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

BROTES Y RENUEVOS

I

Su destino estaba escrito con caracteres descifrables: no había más que conocer sus costumbres, sus ideas y lo que guardaba en el fondo de su corazón para que la cíngara menos astuta le predijera con acierto el porvenir. Su egoísmo y vanidad fueron vencidos por el amor: la bellísima, adorno de los jardines, enreda y florece hasta en el espino, lo cubre por completo, embalsama el aire con sus efluvios y convida a refugiarse bajo su fresca enramada que pinta el sol de verde y rosa. Y Luis, para acogerse a una sombra salvadora por el resto de su vida, buscó el camino más llano y recto. A un caballero de edad madura y serio,

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

amigo suyo, y bueno, le consultó sus designios y le suplicó que se entrevistara con el padre de Felicia a ver si era favorable a su propósito de casarse con la hija. Su conducta anterior lo obligaba a ir con tiento y mesura. Los informes que obtuvo fueron satisfactorios. Echó entonces sus cálculos y sacó del banco mil pesos de los cuatro mil que tenía depositados desde el año en que la lotería lo agració, e hizo frente a los primeros gastos que los preparativos de una boda demanda.

Sin perder más tiempo (mucho habíase ido ya sin gozarlo), una tarde, después de hacerse tocado minucioso, se lanzó a la calle en dirección al Parque Central. Con pueril vanidad sacudió su fino sombrero de fieltro y se lo encasquetó coquetonamente, procurando no descomponer el peinado; y cuidó sus botas al colocar el pie en el suelo, no fuera el polvo a empañar el brillo espejeante del charol. Iba como nuevo, y veíase gallardo.

En el kiosco del parquecito la banda marcial, dirigida por el Maestro Chávez, tocaba trozos de óperas de Verdi y de Donizetti. Algunas señoritas y otras gentes paseábanse por los senderos enarenados, disfrutando de la música, y de la tarde, que con lujo regio tendía aéreo velo de oro sobre el follaje de los higuerones.

La hora del recreo terminó. Luis, que la había aprovechado, siguió para el Parque Nacional; y

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

cuando ya en el Cielo sólo quedaban los arreboles del sol en el ocaso, y la noche parecía recoger el rayo último de luz crepuscular tendido en los tejados, el joven se encaminó resueltamente a ver a Felicia, palpitándole el corazón, alegre y temeroso. Al llegar a la esquina más próxima a la casa que la niña habitaba, detúvose y observó el cuadro que a sus ojos se ofrecía.

Alfredo estaba en la acera, con los brazos en un extremo del alféizar de una de las ventanas del salón, mirando hacia adentro; movía los pies y las piernas con nerviosidad, como un corcel impaciente, y de cuando en cuando quitaba los brazos para hacer ademanes. Al otro extremo del alféizar, Felicia hundía en un almohadón de terciopelo rojo, el codo del brazo, que parecía surgir del cáliz de un clavel; y sosteniéndose la linda barba en el arco formado por el pulgar y el índice, plácidamente departía con el galán. Alfredo estaba vuelto de espaldas a Luis; Felicia no; pero distraída con la conversación, ni una sola vez lanzó sus miradas a la esquina.

Más tarde, la luz eléctrica parpadeó en los carbones de las lámparas, y luégo difundió la claridad e hizo resaltar las sombras de los edificios. Una mariposa *cuatro ojos* flotó en el aire como un papel negro, agrandando o reduciendo su sombra, ya en la pared de enfrente, ya en la calle, ya en la acera, hasta que fué a posarse en el vidrio superior de la

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

ventana en donde la pareja departía tranquilamente. Felicia, asustada, se levantó presurosa llevándose el almohadón. Alfredo ahuyentó con su pañuelo el animal, que voló hacia la esquina, hizo dos o tres círculos al rededor del poste de la luz eléctrica, y cayó en la bomba aleteando torpemente. A los pocos momentos la vieron quedar muerta por el calor, entre un montón de infortunadas compañeras más chiquitas.

El desorden que en la ventana produjo el insecto alado, lo aprovechó Luis para llegar a la morada de Felicia, y llamar suavemente a la puerta con los nudillos de los dedos. Alfredo, que oyó y miró, reconoció a Luis en seguida; Luis repitió los golpes, y entonces Felicia dijo:

—Me parece que llaman... ¿Quién será?

—No es nadie; contestó Alfredo haciendo envite para asomarse:—A lo menos de aquí no veo a nadie.

—Permítame un momento para ir a ver quién es y qué quieren; dijo la niña.

—No, Felicia, no se vaya, se lo ruego. Deje que salga una criada... No se vaya; suplicó Alfredo esforzándose con el gesto y la entonación de la voz por disuadir de su intento a la joven. Pero ésta, sin atender a la súplica, le replicó con moderación:

—De todos modos tengo que ver quién es, por-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

que las criadas no están. Y, dicho esto, salió de la sala.

Alfredo no pudo agregar una palabra y tuvo que dejarla ir. A poco escuchó voces en el zaguán, y comprendiendo que entraba Luis, esquivó el cuerpo y esperó. Mas al ver en la puerta de la sala a Luis y a Felicia, escapóse como disparado a la acera del frente, desde donde, con el mayor disimulo, se puso en observación, corrido y airado.

II

Felicia, sin sospechar quién podría ser la persona que llamaba, abrió la puerta de la calle. El artístico farol del zaguán iluminó al recién llegado, que, con la sonrisa más placentera del mundo, saludó muy cortésmente. La niña, al ver a Luis, sintió que el corazón le daba un vuelco, soltó la hoja de la puerta, dió un paso atrás, contestó lacónicamente el saludo y enmudeció por unos momentos. Repuesta, con naturalidad le preguntó, qué deseaba, pues no le pasó por la imaginación, que aquel hombre viniese a llamar como un hijo pródigo del amor, a las puertas de su pecho, para obtener la remisión y olvido de su pecado de inconstancia y fatuidad. La pregunta sobria e indiferente de Felicia y su

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

porte digno y majestuoso, no desconcertaron a Luis, que en seguida contestó:

—Señorita, deseaba hablar con su mamá... Asuntos relativos a Ud...

Felicia no lo invitó a pasar adelante, ni cambió el gesto grave, sino que, de nuevo sorprendida, y como recelosa, exclamó:

—¡Relativos a mí! ¿Ud...? No sé qué puede Ud. tratar con mi madre, referente a mí.

—Felicia, le ruego...

—Está bien; como guste. Sírvase pasar adelante.

Luis entró a la sala tras la joven, que no le dijo siquiera que pusiese el sombrero en la percha; pero él, con las palabras siguientes, detuvo a Felicia, que se dirigía a llamar a la madre:

—Por favor, Ud. que siempre ha sido tan buena, aunque yo sea indigno de que me atienda, óigame un momento antes de salir.

—¿Pero no decía Ud. que deseaba hablar con mi madre? En esa inteligencia lo hice entrar. ¿Es conmigo también?

—Sí, Felicia; es principalmente con Ud. Después, si Ud. me otorga permiso, tendré con su mamá una entrevista. Por favor, escúcheme; procuraré no molestarla en lo más mínimo; decirle tan sólo aquello que pueda agradarla; será muy corto el tiempo que le quite.

Felicia era realmente bondadosa, y, además, en-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

contró a Luis muy buen mozo, atildado en las maneras y melifluo en las palabras. Viniéronsele a la mente dulces remembranzas y renovóse el sentimiento de adoración que tanto la hizo padecer, eso sí atemperado por la conveniencia y necesidad de hacer pesar su situación. Accedió, pues, a la súplica de Luis. Pero la impresión recibida y la emoción que la embargaba, enajenáronla, y creyó estar soñando. Cuando fué a correr las colgaduras de la ventana de la calle, recordó con pena que había olvidado por completo a Alfredo y que éste debió de marcharse resentido con ella. Mientras, Luis fué a colocar el sombrero en la percha, y esperó a que Felicia se sentara para sentarse frente a ella; después, dijo:

—Felicia, esta visita es para Ud. Por Ud. he salido esta tarde.

—¡Qué extraño, después de tantos meses... usted viniendo a visitarme!...

—Lo que hay de extraño no es que esté yo a sus pies ahora, sino que haya podido resistir el pasarme tanto tiempo sin verla, sabiendo sus congojas... Pero no ha transcurrido un día desde la última vez que estuve al lado suyo sin que yo le dedicara mi pensamiento y pronunciara su nombre. Si la telepatía es cierta, Ud. debió sentirlo, y estar segura de que a pesar de la distancia, en mi alma no cabe otra mujer...

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—Esta noche es noche de sorpresas. ¡Curiosa manifestación, incomprensible y que me provoca a reir! ¡Pensar Ud. en mí...! ¿A quién le viene usted con esas embajadas?

—Sí, Felicia, he pensado mucho en Ud., y adivino cuánto me va a decir. Y si sus palabras siempre finas, siempre dulces, ahora, por justa indignación se volvieran azotes y cayeran flajelándome sin piedad, merecido lo tendría, muy merecido; y soportaré la pena de desagravio, con mansedumbre y fruición... ¡He sido un miserable!

—Ignoro qué ha pasado por su alma, ni qué le ocurre... No comprendo sus expresiones; o más bien, sí las entiendo, pero dudo...

—Mis expresiones, Felicia, son de arrepentimiento verdadero, buscan su magnánimo perdón y que olvide Ud. mis flaquezas.

—¿Para comenzar las caídas de nuevo? Preguntó Felicia con altivez y con cierta amargura.

—No, señorita; contestó con energía Luis. De ningún modo. Si Ud. me escucha pacientemente, le juro que le probaré esta noche mismo, que lo único que comenzaremos si Ud. quiere, o más propiamente, en cuanto a mí, lo único que reanudaremos será una vida venturosa de amor sincero.

Ella se estremeció íntimamente de placer, pero conservó su decorosa seriedad y posición de reina que juzga a su esclavo cogido en falta. Luis se acer-

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

có a Felicia, y ésta no se movió ni hizo gesto de agrado o desagrado; sólo, irónicamente, soltó esta frase:

—Le oía perfectamente desde el sillón que usted ocupaba.

—¿Le incomodo tan cerca?

—No...

—Gracias, Felicia, gracias; me acerqué sin su autorización, por mostrarle dos objetos que traigo en mi cartera. Y sacó un pañuelito cuyo perfume no se había disipado a pesar de tener más de dos años de no ser rociado con esencias, y un clavel, que debió ser hermoso, encarrujado y quebradizo de puro seco. Respetuosamente depositó en el regazo de la joven ambos objetos, y le dijo:—Ahí tiene usted. ¿Reconoce eso?

—¿Cómo no? Este pañuelillo Ud. me lo quitó, contra mi gusto, en el baile del treinta y uno, cuando me estrené. El clavel marchito no lo reconozco.

—Es el que Ud. misma me pasó por la muñeca de esta mano cuando en los toros me quemé con el cigarro. ¿Recuerda?...

—Sí, sí, no diga más: locuras suyas y locuras mías; exclamó Felicia desdeñosamente y como arrepentida.

—Pues bien, Felicia, ¿quería pruebas? Ahí las tiene.

—¿Pruebas de qué, señor, pruebas de qué?

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.

—De que no la he olvidado. Si en mi corazón hubiera muerto Ud., estas prendas, o las hubiera reducido a cenizas o estarían hace mucho tiempo en su poder, Felicia. Las he conservado como un tesoro que en todo momento me la recordaba a Ud.

—¡Qué ironía... recordar en todo momento a la persona que a sabiendas se tortura...!

—Sí, Felicia, mi desvío aparente ha sido cruel. Lo confieso con humildad, pero perdóneme. Con toda el alma se lo pido. En mi vida nunca la volveré a hacer sufrir. La amo, la he amado desde que la conocí y podría decir que desde antes, porque Ud. respondió cabalmente al ideal de mujer que yo amaba y que antes de conocerla no tuvo vida sino en mi imaginación. No puedo amar a otra mujer. Pensando que era injusticia sacarla de su medio en donde Ud. está bien, a pasar trabajos conmigo, ensayé separarme de Ud.; vano intento.

—Luis, y si le dijera que ya no soy la misma, que ya no hay eco en mi corazón para sus reclamos...

—¿Quién, Ud? ¡No puede ser, no puede ser! exclamó casi con cara de espanto el mancebo.

—Sí, yo, Felicia, la que habla.

—¡Cómo, cómo! ¿Ud. me dice de veras eso? Entonces Ud. nunca me amó; Ud. ama a... No, ¿qué digo? Perdón, Felicia, excuse mi arrebato, excuse mis exclamaciones, no puedo conformarme con esa

Este documento es propiedad de la Biblioteca Nacional "Miguel Obregón Lizano" del Sistema Nacional de Bibliotecas del Ministerio de Cultura y Juventud, Costa Rica.